

LA INMIGRACIÓN MAGREBÍ EN ESPAÑA: ACTUALIDAD Y FUTURO

Concepción Domingo Pérez

Universidad de Valencia

Vicente Gozávez Pérez

Universidad de Alicante

La inmigración extranjera en España se ha erigido en tema de actualidad desde hace una década. Tal protagonismo es consecuencia de la conjunción de factores múltiples, aunque entre los que atañen a la sociedad española de modo más general por suponer una fuerte ruptura, se podrían destacar: a) por una parte, el inesperado y acelerado incremento que experimentan los inmigrantes procedentes de países en vías de desarrollo, precisamente mientras las altas tasas de paro que padece España doblan la media de la Unión Europea; b) y por otra, que esta nueva situación de España en el sistema migratorio internacional, contrasta vivamente con los seculares y cuantiosos flujos emigratorios que habían protagonizado los españoles, y que habían hecho de España uno de los países de emigración más importantes de Europa. Ambos hechos quedaron resaltados ante la opinión pública cuando se promulgó la Ley Orgánica 7/1985, de 1 de julio, sobre derechos y libertades de los Extranjeros en España (BOE de 3-07-1985) —conocida como Ley de Extranjería— y el Reglamento de su ejecución (BOE de 12-06-1986).

Aunque los extranjeros de países europeos occidentales aún continúan siendo el colectivo continental más numeroso entre los residentes en España —239.427, sobre un total de 499.773 extranjeros residentes en 1995—, la atención, las inquietudes y las actuaciones de la Administración española, de los medios de comunicación, de las organizaciones no gubernamentales de apoyo al inmigrante, de la opinión pública, así como de los investigadores sociales, siempre han estado centrados en la inmigración de trabajadores extranjeros procedentes de países en vías de desarrollo, es decir de los africanos, latinoamericanos y también de algunos países asiáticos. No obstante, son los inmigrantes magrebíes los que han despertado mayores atenciones y estudios, pues, con diferencia, son el colectivo extranjero que más se incrementa en España, y también según todas las encuestas, uno de los que padecen con más frecuencia y gravedad situaciones de exclusión social. Así, las especiales caracterís-

ticas que tipifican a estos inmigrantes, sitúan su estudio a medio camino entre la geografía de la población y la geografía social, mientras las encuestas ganan protagonismo como fuente de información sobre los mecanismos más dinámicos de estas migraciones que tanto preocupan a la sociedad española, pese a la todavía muy reducida presencia extranjera en España.

Además de lo indicado, otros hechos sobresalientes han confluído para desarrollar en España una preocupada percepción social de la inmigración extranjera, como son:

- 1) La creciente inmigración de los trabajadores extranjeros procedentes de países en vías de desarrollo se ha producido de modo irregular y con volúmenes relativa y localmente importantes.
- 2) En los países de origen de los inmigrantes, singularmente de los norteafricanos, se padece una fortísima presión demográfica originada por los efectos de una transición demográfica en pleno desarrollo, mientras la recesión económica internacional les cierra expectativas para la creación de empleo; en consecuencia el potencial de emigración de estos países se percibe muy importante, sobre todo hacia los cercanos países de Europa occidental, con los que les unen lazos históricos y culturales desarrollados con motivo de la colonización europea, circunstancias que incluyen a España.
- 3) La grave crisis laboral que padece España alcanzó a provocar en 1981-86 saldos migratorios negativos en los cuatro grandes centros económico-inmigratorios del país, como son Barcelona, Vizcaya-Guipúzcoa, Valencia y Madrid.
- 4) Las fronteras españolas resultaban muy permeables para la inmigración irregular, singularmente por el uso del acceso turístico y posterior reconversión de los «turistas» en trabajadores ilegales.
- 5) La percepción, a través de la prensa y televisión, de las deficientes condiciones sociolaborales y de alojamiento que los trabajadores africanos soportan; al aumento de inmigrantes en estas condiciones se añade su frecuente concentración geográfica, lo que sin duda agrava sus negativas repercusiones sociales.
- 6) Los países más desarrollados de Europa occidental, lugar de destino tradicional de los emigrantes norteafricanos, desde 1973-74 habían cerrado sus fronteras a los trabajadores procedentes de países en vías de desarrollo. Después de una década, 1975-85, que parecía haber puesto fin al periodo anterior de inmigraciones masivas de trabajadores (1960-73), España, junto con Italia, era solicitada como nuevo destino alternativo, pues, pese a la coyuntura económica desfavorable que padecía, sus niveles de renta, sus condiciones de vida y sus posibilidades de desarrollo son percibidas por los emigrantes como muy superiores a las de su país de origen; la relativa permeabilidad de las fronteras de España, y la facilidad de acceso a trabajos clandestinos o no reglados, sin duda son muy valorados dentro del proyecto migratorio de estos trabajadores.
- 7) Los contingentes y las características sociolaborales de los inmigrantes irregulares acumulados en España, sobre todo en determinadas ciudades y comarcas —Madrid y litoral mediterráneo, fundamentalmente—, provocaron la regularización extraordinaria de trabajadores extranjeros realizada en 1991, que alcanzó positivamente a 110.113 trabajadores y casi 6.000 familiares dependientes de ellos; del total regularizado, el

56% fueron africanos. Por cada 100 residentes africanos en situación legal en 1990, en 1991 se presentaron 297 solicitudes de regularización, lo que resalta el alcance que habían adquirido los inmigrantes en situación irregular. Esta regularización marcó, pues, un hito fundamental en la política migratoria de España, pues la situación irregular en el trabajo es un obstáculo insalvable para la integración social del colectivo inmigrante.

- 8) Durante los últimos años se han incrementado mucho las acciones que tienden a potenciar la integración social de los inmigrantes ya establecidos en España, al mismo tiempo que se afianzan los controles fronterizos, y se fijan contingentes o cuotas de inmigrantes con destino a puestos de trabajo no cubiertos suficientemente por el mercado laboral español —fundamentalmente en agricultura, (para inmigrantes magrebíes) y servicio doméstico (latinoamericanas)— y así aminorar la continua reproducción de bolsas de trabajadores en situación irregular y marginalidad. En esta misma dirección se inscribe la aprobación del nuevo Reglamento de ejecución de la Ley Orgánica 7/1985 —Ley de Extranjería— (BOE de 23-02-1996) que sustituye al de 1986; esta reforma, consultada con los sindicatos y organizaciones no gubernamentales de apoyo al inmigrante, facilita la permanencia e integración de los inmigrantes que ya residen en España.

Descrito a grandes rasgos, los hechos en los que se inscribe el proceso reciente de la inmigración extranjera en España, conviene recordar sus cifras fundamentales según las fuentes oficiales españolas:

Inmigrantes residentes	1985	1991	Var. anual 1985-91, %	1995	Var. anual 1991-95, %
Latinoamericanos	40.796	68.877	9,1	92.900	7,8
Africanos	8.529	63.054	39,6	95.725	11,0
Marroquíes	5.817	49.513	42,9	74.886	10,9
Total extranjeros	241.971	360.655	6,9	499.773	8,5

Los espectaculares incrementos de los inmigrantes marroquíes —junto al resto de los africanos— entre 1985 y 1995 son producto de su generalizado acceso irregular y/o clandestino a España, y la posterior regularización extraordinaria realizada en 1991. Resalta la primacía de los marroquíes entre los inmigrantes africanos, pues las otras tres nacionalidades más representadas —gambianos, senegaleses y argelinos— sólo reúnen en torno a 4.000 inmigrantes cada una de ellas.

El protagonismo africano entre los extranjeros residentes en España se acentúa si contabilizamos sólo a los trabajadores, pues de los 138.659 extranjeros no comunitarios que tienen permiso de trabajo en vigor a finales de 1995, 64.778 (46,7%) son africanos —51.353 marroquíes—, mientras todos los latinoamericanos suman 43.521.

Otra característica sobresaliente de los africanos es su especial dedicación a la agricultura, pues ocupan el 96% de los 19.570 permisos de trabajo vigentes a 31-12-1995; también son africanos el 73% de los 12.827 trabajadores extranjeros en la construcción, y el 58% de

los 10.259 empleados en la industria; obviamente, los africanos son el colectivo extranjero menos terciarizado, pues sólo participan del 28% del total de los empleos en este sector —89.218—, muy por debajo de los latinoamericanos.

Los inmigrantes africanos tienen una distribución geográfica en España asociada a dos factores de localización: los imperativos de nuestra economía y las ventajas de la situación geográfica respecto a su acceso. Así, más de la mitad de los marroquíes, argelinos y gambianos se distribuyen por la costa mediterránea entre Cádiz y Girona, singularmente en Cataluña, Valencia, Murcia, Almería y Málaga. Madrid tiene la segunda concentración de africanos después de Barcelona, siempre con destacadísima preeminencia de marroquíes. De acuerdo con la situación económica, los inmigrantes africanos son mayoritariamente atraídos hacia Cataluña, aunque las puertas de entrada marítima para estos inmigrantes, situadas en Cádiz, Málaga y Almería, y la agricultura intensiva —Almería, Murcia—, quedan bien reflejadas en la localización de aquéllos.

En el proceso inmigratorio de los africanos, tanto actual como sin duda futuro, hay que resaltar la importancia del empleo ocasional y estacional ofrecido por la agricultura mediterránea —minifundista o no—, pues en ella los inmigrantes recién llegados encuentran numerosas posibilidades de trabajo irregular, a su vez primer paso para entrar en el sistema productivo no clandestino. Así, esta actividad con frecuencia es utilizada como «puerta» de acceso a España y a otros sectores de actividad más apetecidos, una vez regularizada su situación laboral. El mayoritario origen urbano de los inmigrantes magrebíes, y las negativas repercusiones económicas y de superación laboral que conlleva esta actividad agrícola itinerante, explican su rechazo al trabajo agrícola —confesado en las encuestas— y el apetecido cambio a empleos secundarios o terciarios, y también de hábitat, una vez conseguida la regularización laboral.

Durante los últimos años, los geógrafos españoles han mantenido una notable vitalidad en la producción científica dedicada a los inmigrantes de países en vías de desarrollo, incluso con excelentes tesis doctorales; los marroquíes, por obvias razones de número y de incremento, son los que han merecido atención preferente. Como ocurre en otros países con «problemática inmigratoria» similar, también en España los geógrafos han organizado y/o participado ampliamente en reuniones monográficas de carácter interdisciplinar.

Entre los estudios realizados por geógrafos sobre la población extranjera en España sin duda resultan significativos el medio centenar de comunicaciones presentadas en las ponencias específicas incluidas en las III y IV *Jornadas de la población española*, celebradas, respectivamente, en 1991 y 1993; su comparación nos muestra una considerable dispersión en la primera fecha, frente a una fortísima polarización en las de 1993. Es decir, en 1991 la atención preferente se dedicó a los extranjeros de países europeos asentados en las principales áreas turísticas, pero también forman grupos las comunicaciones dedicadas a los inmigrantes de países en vías de desarrollo, las que ofrecen una visión global de todo tipo de extranjeros sobre un territorio determinado, así como las centradas en las fuentes para el estudio de la inmigración. Por contra, las comunicaciones presentadas en 1993 se dedican casi monográficamente a estudiar los inmigrantes procedentes de países en vías de desarrollo.

Tales orientaciones sin duda fueron influidas en la primera fecha, por el reparto del volumen de extranjeros según nacionalidad que aparecía en las estadísticas oficiales, que antes de 1991 sobrevaloraban cuantiosamente a los extranjeros de países de Europa occidental, mientras los procedentes de países en vías de desarrollo eran oficialmente muy pocos, pues en su mayoría padecían situación jurídica irregular, y por tanto no estaban recogidos en las estadísticas oficiales. La regularización extraordinaria realizada en 1991-92, que recogió cerca de 140.000 solicitudes, casi todas de trabajadores de países en vías de desarrollo, fue el motivo por el que se «repitió» ponencia de inmigrantes extranjeros en 1993, pero ahora centrada en los protagonistas de la regularización extraordinaria: sus características y problemas laborales fue el tema más estudiado, lo que conducía, lógicamente, a tratar los problemas de integración social que padecen estos inmigrantes, tanto en los que viven en grandes centros urbanos, como en hábitats menos concentrados y dispersos de la franja litoral del Mediterráneo.

Los trabajos incluidos en el presente número monográfico del Boletín de la AGE, son bien representativos del gran avance experimentado en la investigación sobre inmigrantes de países en vías de desarrollo, pese a su corto período de vigencia entre los geógrafos españoles; no obstante, como nos muestran los trabajos referidos a Italia y Francia, quedan muchos enfoques y temas por desarrollar, que son, sin duda, de especial interés para conocer las implicaciones económicas y sociales —las demográficas vendrán después— de la inmigración norteafricana, tanto en España como para el futuro de los países de origen. Sin duda debemos hacer balance positivo, aunque muy abierto y provisional, de esta corta pero fructífera trayectoria de investigación, pues además, conecta bien con las evidentes demandas sociales, necesitadas a veces de elementos de reflexión sosegados.

El Mediterráneo y sus países ribereños configuran un espacio cuyas relaciones políticas y flujos comerciales tienen una extraordinaria relevancia para el conjunto europeo. El artículo de José M^a Jordán Galduf presenta una visión de conjunto del contexto de los países del sur, sus relaciones con el norte y la ineludible necesidad para la Unión Europea de consolidar la estabilidad de la zona. Su fragilidad socio-económica y política que, en ocasiones, ha generado posiciones radicalizadas y xenófobas, constituye un riesgo para la seguridad europea pero, al mismo tiempo, sugiere la oportunidad de progresar hacia el desarrollo global del Área Mediterránea.

Las disparidades y desequilibrios entre los países del norte y el sur del Mediterráneo, señalados también en el trabajo de Barsotti, Casarosa y Toigo, tienen en los Países Terceros Mediterráneos (PTM) diversas manifestaciones internas y externas. El fuerte aumento de la población, unido a un insuficiente crecimiento económico, repercuten negativamente sobre la desocupación laboral y la calidad de vida. Las desigualdades de renta ahondan la dualidad y marginación social. El endeudamiento, los gobiernos autoritarios y la deficiente gestión pública son otras tantas circunstancias de índole interna que contribuyen a impulsar la emigración como proyecto de mejora para muchos ciudadanos magrebíes. Desde el punto de vista externo, son conocidos los diversos conflictos sociales y económicos, el auge del armamentismo y la captación de la desigualdad de bienestar, difundida por los medios de comunicación, que crea efectos de imitación y deseo de emigrar.

Los países de la Comunidad Europea, han manifestado una tradicional preocupación por el Magreb y el Masrek, cuya proximidad geográfica y uso compartido del ámbito marítimo propiciaron desde antiguo relaciones internacionales de diverso signo. No son nuevas, por

tanto, las progresivas políticas de cooperación que se han ido adoptando, máxime si se tiene en cuenta que este área ofrece amplias posibilidades comerciales para el empresariado europeo como mercado y destino de inversiones. A su vez, los PTM tienen en la UE el principal socio comercial para sus exportaciones, que se encuentran en un claro proceso de diversificación, incorporando a ellas productos de industrias ligeras intensivas en mano de obra.

La Unión Europea, que había seguido desde 1972 una trayectoria de apoyo a las importaciones de los PTM mediante preferencias arancelarias y cooperación técnica y financiera, impulsó desde 1992 la Política Mediterránea Renovada, cuyo objeto era la potenciación de los elementos de que depende el desarrollo económico. Sin embargo, ante la insuficiencia de los resultados alcanzados, en la Conferencia Euromediterránea celebrada en Barcelona en 1995, se plantea una nueva estrategia que tiene como objetivo último convertir el Mediterráneo en una zona de paz, estabilidad y prosperidad. Los acuerdos de asociación global se articulan en torno a tres aspectos: diálogo político y seguridad, desarrollo económico y cooperación financiera y profundización en los elementos culturales, sociales y humanos.

Sin duda, como señala el autor, la separación entre el norte desarrollado y el sur subdesarrollado no es irreversible y puede superarse progresivamente con políticas de ajuste y reforma en los PTM y de cooperación del norte. El desarrollo económico del Magreb es de enorme trascendencia para la UE y especialmente para los países del sur de Europa, puesto que la eliminación de las tensiones internas y su propio crecimiento es lo que puede realmente canalizar los flujos migratorios.

En los momentos actuales, sin embargo, la presión migratoria dirigida, sobre todo, a los países del sur de Europa es todavía intensa y mal encauzada. La situación en Italia, expuesta por Barsotti, Casarosa y Toigo, muestra el fuerte incremento registrado en la última década, especialmente por los procedentes de Marruecos, tras una primera oleada de tunecinos en años anteriores. La trayectoria de esta corriente tiene ciertas semejanzas con la producida en España, puesto que también sus diversas leyes de regularización hicieron emerger un gran contingente de inmigrantes económicos en situación irregular, que testimoniaban la elevada incidencia del fenómeno migratorio magrebí. Igualmente, la exigencia de visado a partir de 1990, supone una fuerte restricción a la continuación de entradas con objetivo laboral pero, por otra parte, se estima que la consecuencia será el probable incremento de los ingresos clandestinos. El reciente el proceso de inserción se caracteriza por las importantes modificaciones en el tipo de situación laboral, con el aumento de trabajo dependiente y la continuación de flujos regulares nutridos por el apoyo a la reagrupación familiar.

La integración de la fuerza de trabajo inmigrada y su incidencia sobre la economía local es analizada por los autores partiendo de una tipología que, en el plano teórico, puede considerarse como suplementaria, complementaria, adicional-competitiva, independiente y marginal, pero cuyo predominio en las diversas circunstancias y lugares, sólo puede establecerse empíricamente. En este sentido, el estudio de la situación de demanda y oferta de mano de obra y de las necesidades específicas de flexibilidad laboral en diferentes áreas geográficas y sectores económicos (agrario, industrial y terciario) muestra la escasa competencia competitiva de la mano de obra extranjera frente a la autóctona. Además, la inmigración juega un papel positivo en el mercado de trabajo y representa una fuente económica adicional para el ámbito de acogida, como generadora de plusvalías y como consumidora.

Paralelamente, la inmigración adquiere una considerable relevancia para el desarrollo

económico y social de los países de origen. Por una parte, el envío de dinero a la familia constituye uno de los objetivos primordiales de los inmigrados y, en conjunto, estas transferencias alcanzan un monto económico significativo. Los flujos se canalizan no sólo mediante las remesas por medio del sistema postal o bancario, recogidas en las fuentes oficiales, sino también a través de sistemas informales como las *compensaciones* y el comercio de mercancías adquiridas en país de acogida. Por otra parte, no es menos interesante la incidencia de valores socio-culturales que el inmigrante puede asimilar y transferir a su sociedad de origen, tanto por lo que respecta a comportamientos como a adquisición de conocimientos técnicos. Con todo, los indudables efectos positivos en el plano del equilibrio macroeconómico, ofrecen graves deficiencias en cuanto a un desarrollo autosostenido o al impulso de inversiones a escala local, tanto por falta de iniciativas personales como por las carencias estructurales del sistema productivo. Las políticas migratorias y de cooperación al desarrollo exigen nuevas formas de análisis que eviten la clásica separación en el estudio de las situaciones en destino y en origen y permitan una comprensión global del fenómeno y sus relaciones en ese doble contexto.

En efecto, los avances teóricos y metodológicos de la investigación sobre esta cuestión se han desarrollado especialmente en países donde la inmigración tiene un arraigo estructural, como señala Arón Cohen para el caso de Francia. Sus especiales circunstancias, como receptora de una intensa y antigua corriente migratoria, obligan a profundizar en la reflexión conceptual con objeto de desarrollar instrumentos de análisis adecuados a la magnitud, no sólo cuantitativa sino cualitativa, del fenómeno. A partir de los trabajos presentados en el *IV Coloquio Nacional de Demogeografía*, celebrado en Poitiers en 1995, Cohen expone los principales avances de la investigación a este respecto.

Precisamente, cuando el periodo de recepción es muy prolongado, las situaciones presentan una gran complejidad y se requiere una información más ajustada a la realidad que no siempre aparece bien reflejada en las fuentes estadísticas. De hecho, los conceptos de extranjero, inmigrante, lugar de nacimiento y nacionalidad pueden dar lugar a diferentes combinaciones y resultados en su tratamiento estadístico y complicarse con el tiempo, al socaire de la evolución legislativa francesa sobre la naturalización. La antigüedad del flujo plantea, asimismo, el tratamiento de las denominadas «generaciones» de inmigrantes, cuyo concepto «implica una distinción de la relación de las personas referidas con los lugares de procedencia y destino», en palabras del autor. Las denominaciones al uso de «primera» y «segunda» generación de inmigrantes provocan no pocos equívocos y situaciones confusas en la práctica, así como los conceptos de integración y asimilación.

La encuesta del Instituto Nacional de Estudios Demográficos sobre movilidad geográfica e inserción social, efectuada en 1990 con un enfoque dinámico de la inmigración, constituye un avance de enorme trascendencia para el conocimiento real de la trayectoria de los inmigrantes y para la eliminación de diversos tópicos referidos especialmente a los magrebíes. Aspectos como el matrimonio preferencial, la relación entre inmigración, crisis social en las periferias urbanas e integrismo, educación y situación socioprofesional, ofrecen resultados esclarecedores y bastante alejados de las apreciaciones simplistas y homogéneas que suelen plantearse en las referencias a estos colectivos.

Por otra parte, el autor sintetiza diversas aportaciones sobre la distribución espacial de los inmigrados, las relaciones que guardan con otros elementos socio-económicos y las interpretaciones interesadas que pueden hacerse de ellas. La importancia de la escala territo-

rial, en función de los objetivos de las investigaciones, es relevante en cuanto a la eficacia de los métodos de estudio cualitativos y permite mayor precisión en el conocimiento de diversos aspectos como los mecanismos de segregación, inserción escolar, gestión diferenciada de la mano de obra, tipos de actividad, grado de movilidad, etc.

En la misma línea teórica, el uso del espacio resulta de enorme trascendencia por las relaciones que se generan en él entre inmigrantes y autóctonos, como se expone en el trabajo de Pablo Pumares. La presencia de magrebíes, cada vez más notoria en algunos ámbitos urbanos y rurales de nuestro país, está haciendo aflorar una imagen generalmente negativa de los inmigrantes. A ello contribuyen diversas causas, desde la tradición de relaciones conflictivas con Marruecos, hasta el rechazo que genera el fundamentalismo, pasando por las informaciones sesgadas de los medios de comunicación respecto a los hechos relacionados con ellos. En consecuencia, surgen actitudes de superioridad o de miedo, sobre todo si se configuran áreas de competencia, real o imaginada, respecto al trabajo, la vivienda o la utilización de ciertos servicios.

La coincidencia de unos y otros en ciertos espacios, donde los contactos visuales no favorecen las relaciones, refuerzan dicha imagen negativa del inmigrante y alimentan la idea de que los propios inmigrados no desean la relación y la integración, con lo que se plantea el problema de fondo: «los espacios de los inmigrados y de la sociedad receptora se cruzan pero apenas se tocan». Los ámbitos de relación (trabajo, vecindario y escuela) son los más susceptibles para el contacto y el conocimiento, pero apenas se ha desarrollado un trato de naturalidad cotidiana, dado el carácter todavía reciente de la inmigración.

En el ámbito ocupacional, el propio tipo de actividad subordinada o marginal y las discontinuidades en el puesto de trabajo, configuran áreas laborales específicas y circuitos diferentes que, forzosamente, restringen las relaciones con los autóctonos. Las pautas residenciales son diferentes según la localización urbana o rural. La tendencia a agruparse es más frecuente en las ciudades, aunque la segregación no sea acentuada todavía. Los factores de cercanía al trabajo, proximidad de familiares y conocidos y precio de la vivienda condicionan los grupos de asentamientos que, en ocasiones, constituyen espacios marginales y aislados. En el mundo rural, por el contrario, los inmigrantes suelen habitar en casas de campo dispersas, lo que crea otro tipo de segregación y fragmentación. La escuela resulta el ámbito donde se alcanzan los mayores éxitos de relación, por más que puede producirse una doble situación de prejuicios, por parte de una y otra cultura, trasladados a los niños desde los estereotipos familiares.

En el uso del espacio cotidiano, la calle es el lugar de preferencia para los inmigrantes masculinos, en parte por su cultura mediterránea, en parte por la dificultad de reunirse en otros espacios. Su concentración suele crear percepciones sociales distorsionadas en cuanto a su número o sus actitudes. La mujer magrebí, por el contrario, tiene asignados los espacios interiores. El ámbito de su propio hogar y el trabajo como empleada en el servicio doméstico son los ambientes donde se desenvuelve. Por esta misma razón, incluso las mujeres solas, que trabajan como internas, tienden a crear su espacio de relación en una vivienda aparte y también son más proclives que los hombres a la asistencia a centros de apoyo, de aprendizaje o de cualquier otro tipo, precisamente por su carácter interior.

Estas características culturales son causa de que la presencia femenina sea escasamente visible, aunque las mujeres inmigrantes constituyen ya un contingente notable. Carmen Bel señala a este respecto una general subrepresentación estadística, en especial cuando se trata

de magrebíes, por la frecuente vinculación al marido como residente y la falta de condiciones laborales regulares, que la hacen víctima del trabajo informal, en gran parte de los casos. Quizá estas circunstancias expliquen la escasez de estudios y análisis de la importancia de la inmigración femenina.

La afluencia de inmigradas, sin embargo, ha adquirido un notable auge en España durante los últimos años, con una importante disparidad de procedencias. En el caso de las magrebíes, es fundamental el perfil de mujer que responde a la reagrupación familiar o inmigración pasiva, pero también se están incrementando las llegadas de mujeres solas. En cualquier caso, ambas modalidades participan de los factores de repulsión (económica, social o política) en los países de origen y de atracción por los de acogida. En uno y otro ámbito, las mujeres ejercen una función básica en el desarrollo, entendido no sólo como un simple crecimiento económico, sino como mejora de la vida de las personas.

En este sentido, la autora resalta el papel de las inmigrantes como factor de desarrollo y de integración intercultural. Representan un agente activo en el mantenimiento de su cultura y promueven estrategias de adaptación ante el nuevo contexto en que han de desenvolverse ellas y sus familias.

Las tendencias de la inmigración femenina magrebí se han de relacionar con las modificaciones experimentadas en la situación de origen y las expectativas en destino, tanto para los hombres, como para el caso específico de las mujeres. Concha Domingo y Rafael Viruela exponen algunos indicios de cambio que afectan a las condiciones de estas últimas, vinculados al proceso de urbanización del que no se sustraen tampoco los países del Magreb. La dicotomía entre el mundo rural y el urbano tiene algunas manifestaciones sociológicas que no son tan perceptibles en un tratamiento globalizado. El comportamiento demográfico (edad de matrimonio, índice sintético de fecundidad), el nivel de instrucción en la población joven y la participación laboral son aspectos que están adoptando pautas más semejantes a las occidentales, relacionadas con el deseo de incrementar el consumo.

Por otra parte, la emigración femenina hacia los países europeos es creciente, sea inducida por la posibilidad que brinda la reagrupación familiar, sea por decisión de la familia, que ya contempla a la mujer en esta alternativa económica, o por proyecto migratorio propio. A pesar de las dificultades y de la alta tasa de desempleo, el mercado de trabajo en España, todavía ofrece segmentos laborales feminizados que pueden constituir un estímulo, no obstante su carácter marginal y/o informal. La mayor presencia femenina altera la configuración de los flujos anteriores de varones solos, con la transformación paulatina en corrientes familiares y creación de familias en destino, lo que implica nuevas necesidades sociales y nuevas actitudes de relación.

Porque, en efecto, las perspectivas actuales para nuestro país apuntan a la persistencia de la presión inmigratoria, por más drásticas que sean las medidas adoptadas para controlarla. Las propias restricciones planteadas por la Comunidad Europea y la situación geográfica fronteriza de España, podrían suponer a medio plazo una inmigración estructural, tal como se ha configurado en otros países europeos. El caso de Canarias, expuesto por Vicente Manuel Zapata, constituye un ejemplo muy significativo de los variados canales utilizados para acceder y permanecer en las islas, regular o irregularmente, o para utilizarlas de trampolín hacia otros destinos.

Canarias, por sus especiales características de frontera y proximidad al continente africano, han recibido una precoz afluencia de inmigrantes desde los años 70 con la retirada

española de las áreas coloniales. La corriente no ha cesado de incrementarse a través de la marinería enrolada por los convenios pesqueros, por el tránsito comercial o simplemente por medio de las conocidas «pateras». De cualquier forma, existe un elevado contingente de inmigrantes en situación irregular que forma parte de la economía informal y que minimiza el valor estadístico de las fuentes oficiales.

Las procedencias son variadas, con predominio de marroquíes y mauritanos y la singular presencia de saharauis, cuyos problemas de inserción son algo más leves que para el resto. No puede desestimarse el hecho de que en Canarias confluyen y compiten también otras importantes corrientes migratorias africanas y sudamericanas.

Cataluña también se ha constituido en una de las zonas de mayor atractivo para la inmigración marroquí reciente debido a las características de su agricultura intensiva y de las posibilidades que ofrecen los sectores industrial y turístico. Gabino Ponce, José Ramón Valero y Salvador Palazón, utilizando una metodología cualitativa, se aproximan a las circunstancias laborales y espaciales de los diferentes colectivos de marroquíes. El flujo migratorio es en su mayoría relativamente reciente, compuesto por hombres jóvenes, con una clara elección de este destino en su proyecto migratorio y con una tendencia que ya apunta a la reagrupación familiar.

La heterogeneidad de esta corriente se refleja en las diferentes situaciones laborales y de habitación, por regla general precarias e inestables, aunque también se encuentran grupos con trabajos más consolidados en sectores de baja cualificación. No puede hablarse de un único colectivo, puesto que sus condiciones de vida presentan notables diferencias según los centros de localización, el tiempo de residencia en España, la edad y la estabilidad familiar y laboral.

Los autores destacan las diferentes condiciones que inciden en la integración o la asimilación. En las grandes ciudades, como es el caso de Barcelona, se manifiestan las disparidades más acusadas, desde los inmigrantes que gozan de una mayor estabilidad laboral y unas condiciones de vida aceptables, hasta las situaciones marginales más extremas. En las ciudades industriales medianas se distinguen también diferentes grados de integración según la antigüedad de la llegada, reflejada en las mejores condiciones de trabajo y vivienda de los primeros inmigrados, que encontraron en estas ciudades el ámbito proclive a la integración. En cuanto a los inmigrantes localizados en pueblos y ciudades pequeñas se observa una mayor asimilación, posiblemente debido a su menor número y dispersión de hábitat, pero en cuanto existen posibilidades de agrupamiento y organización, se favorecen las tendencias integradoras.

En definitiva, el conjunto de países que bordean el Mediterráneo conforman una zona de relación económica, social y política que no es posible ignorar ni reducir a dimensiones estrechas. De las políticas de la administración y de las actitudes de la ciudadanía depende que estas relaciones adopten un carácter más fluido y más humano.